

les indios no trataban mas que de ganar tiempo para que el ejército acosado por el hambre tuviera que volverse, y destrozarle en la retirada. Rompió, pues, la tregua, y ocho días despues había penetrado hasta el Muskinghum, á 70 millas de su embocadura en el Ohio. Aquella marcha atrevida contribuyó en gran manera á decidir por fin á las diversas naciones indias á escuchar mas favorablemente las condiciones que el general las habia impuesto en Tuskaraway. Una de ellas era que debian entregar en su campo todos los prisioneros que habian hecho, no solo en su última invasion, sino tambien en los años anteriores.

En este estado se hallaban las cosas, cuando os he presentado á Garakoutié y Kerry-Moyamea conversando á la puerta del wigwham de la jóven: ya iban á separarse, cuando vieron al venerable Custaloga, su padre, que se acercaba á ellos con suma gravedad, y les rogaba le escuchasen con atencion.

—Hijo ó hija de los delawares, les dijo, abrid vuestros oídos, porque mis palabras, semejantes á las gotas de agua de una cascada, tienen cada una su peso, y jamás ha salido de mis labios la mentira. Tú, Moyamea, vas bien pronto á abandonar tu wigwham y la aldea, para regresar al pais de Onas, cuya sombra y frescura han hecho desaparecer los blancos. Ellos no saben como nosotros vivir de la caza y de la pesca, acostarse sobre una piel de oso y beber el agua del arroyuelo: si fuese así, no codiciarían tanto nuestras tierras, y seríamos vecinos y amigos. Cuando lejos de tu padre adoptivo, de tus hermanos y de tus amigos delawares, vivas entre los blancos, acuérdate de los consejos que la sabiduría de los años hace destilar á mis labios. Desconfía de sus palabras: la que se fia en ellas, se pierde como el agua de nuestros rios al llegar la primavera; como en los pérfidis remolinos del Tuskaraway, se hunde la jóven que las escucha... Nunca dicen lo que piensan ni piensan lo que dicen, y ¿sabes por qué?... porque salen de su boca la astucia y la mentira, como el arce cuyo corazon está agujereado y podrido, no deja escapar mas que una savia pútrida en vez de azúcar (1). Bien pronto va á ser arrebatado el umbral de la puerta (2), esparcidas las cenizas de tu hogar y apagada tu lumbre, ¡pobre niña!... pero el Ockimaw rojo ó blanco no permitirá que nuestra memoria sea arrancada de tu corazon, y este pensamiento será nuestro consuelo.

Entonces se detuvo mientras Moyamea enjugaba llorando una lágrima que se escapaba de los ojos del anciano. Despues de una corta pausa continuó:

—Por lo que á tí respecta, Garakoutié, escuchas: eres valiente y fuerte como una roca alleghany; tu vista es perspicaz como la del águila de color leonado, y

(1) El arce de azúcar (*acer saccharinum*, Lin.) es un árbol de mediana altura. En la primavera, en el momento de la aglomeracion de la savia, hacen una incision en el tronco y recogen en unas vasijas el jugo que destila con abundancia: en seguida le ponen al fuego en unas calderas para evaporar el agua que contiene, y de este modo se obtiene un azúcar amarillenta, mal cristalizada, pero que tiene las mismas propiedades y casi iguales cualidades que el azúcar de caña. Antes que se conociese el modo de extraer el azúcar de remolacha, la de arce era para los colonos un objeto de explotacion, aunque de poca importancia en verdad.

(2) El umbral de la puerta entre los indios es tan sagrado como lo era el hogar entre los antiguos griegos y romanos. El mayor ultrage que puede hacerse á un salvaje seria romper el umbral de su wigwham.

tu oído fino como el del wapiti de pezuña hendida (1) que oye los pasos del pekan (2) sobre la nieve y el soplo de la rata almizclada en su cabaña (3) del mismo modo que tu carabina, tu juicio no yerra jamás el objeto. Te falta aun otra cosa; que las mas fuertes llanas ó enredaderas adhieran al fondo de tu corazon tu amor y tus recuerdos, para que nada aparezca en lo exterior; sé prudente y tranquilo como el castor de las lagunas (4) y astuto como el zorro huronero (5) atrevido como la pantera hambrienta, ligero en la carrera como el ciervo perseguido; terrible con tus enemigos, pero fiel á tus aliados blancos ó rojos, y entonces las hojas del árbol de la vida darán largo tiempo sombra á los wigwhams de nuestra aldea y de nuestra tribu. El fuego del gran consejo se enciende en el campo de los hijos de Onas, en las orillas del Muskinghum, toma tu traje de guerra y ven á fumar el oppoygan de paz (6) con los hombres barbudos.

El jóven bajó la cabeza, y sin contestar á su padre se dirigió hacia su wigwham para disponerse á partir con veinte guerreros que debian acompañar al Sagamora y á Moyamea. La jóven estaba triste, porque combatian su corazon dos afectos; uno por sus primeros padres, á quienes iba á volver á ver despues de muchos años de ausencia; y otro por su familia adoptiva, que la querian hacer dejar.

Una hora despues una canoa de corteza de abe-

(1) El wapiti (*cervus major*, Desm.) es el elke de los americanos, es un ciervo poco mayor que el de la especie ordinaria, y que vive no en manada sino en familia. Es manso y se domestica fácilmente.

(2) El pekan (*mustela canadensis*, Lin.) es una maría poco mayor que la nuestra, que vive en agujeros, que abre en las orillas de los lagos y rios. Su piel es bastante apreciada.

(3) La rata almizclada (*castor cibetecus*, Lin.) es poco mas ó menos del tamaño de un conejo, y de un pardo claro matizado de rojo: tiene las costumbres del castor, y como él se construye una habitacion debajo del agua. Su piel seria mucho mas estimada si no exhalase un fuerte olor al almizcle, que no se le puede quitar.

(4) Todo el mundo conoce las costumbres del castor, (*castor fiber*, Lin.), así es que no repetiremos lo que mil veces se ha dicho, y siempre con exageracion. Los indios hacen un gran comercio con las pieles de estos animales. Andan algunas veces centenares de leguas, para tenderles lazos hasta en la estremidad Norte de la América, á donde se han retirado casi exclusivamente desde la colonizacion de la América Septentrional. En el dia en los estados de Nueva York, por ejemplo, un castor es tan raro como en Francia.

(5) *Vulpes cineræ-argentea*, Boit. *Canis cineræ-argenteus*, Schreb. Esta especie es feroz y exhala muy mal olor; su piel es de color gris plateado.

(6) El oppoygan es una especie particular de pipa, cuya cabeza, construida con bastante arte, es siempre de un mármol encarnado ó negro; el tubo, que tiene de largo algunas veces tres ó cuatro pies, es de una madera ligera. Cuando este tubo está cubierto con la manchada piel de una serpiente y adornado con plumas de varios colores, el oppoygan se considera como simbolo de paz. El mensajero ó embajador que le lleva goza de la mas perfecta seguridad aun en las aldeas enemigas de la suya; al verle se aplacan los odios y las quejas. Tambien le usan en las adopciones, en los matrimonios y en todas las fiestas pacíficas.

Pero cuando las plumas de que está adornado son encarnadas, se convierte en señal de guerra y toma el nombre de gran oppoygan de sangre: los salvajes le fuman alternativamente, ejecutando una danza de combate y de victoria.

dul (1), conducida por una docena de indios, bajaba por la rápida corriente del Tuskaraway, mientras otros 10 guerreros seguían el mismo camino por la orilla, de la que se apartaban de cuando en cuando para cazar. Un europeo se habría maravillado de la intrepidez de los que tripulaban tan frágil embarcación, y sobre todo de la destreza con que seguían las corrientes que casi formaban cascadas y evitaban los muchos peñascos contra los que las espumosas olas iban á estrellarse bramando. Bien pronto entró la canoa en las aguas mas tranquilas del Muskingum, y subió por el río 35 millas. Una cosa no menos notable es, que en medio de aquellos feroces salvajes, que no soñaban mas que en el asesinato y destrucción de los blancos, aun sospechados de antropófagos por los colonos, viajaban una joven blanca, con mas seguridad que en una diligencia que saliese de Londres ó de Paris. Por la noche acampaba con ellos sobre el musgo de los bosques, y por el día sus delicadas manos asaban en la ribera la carne de los animales muertos en la caza, ó las truchas cogidas con anzuelo en el río.

Veamos lo que durante este tiempo pasaba en el campamento de los europeos. El general Bouquet había hecho construir cuatro grandes reductos, cuyo espacio intermedio presentaba una gran plaza, perfectamente limpia de los árboles y matorrales que antes crecían en ella. Se hizo también un almacén para las provisiones, y muchas casernas y barracas para alojamiento de los oficiales y prisioneros que debían entregar los salvajes. Bien pronto aquel campo llegó á ser una pequeña población, en la que reinaban el orden y la mas completa policía. Durante mas de 15 días que duraron aquellas singulares conferencias, el general vió con frecuencia á los gefes indios, oyó sus discursos, recibió y envió mensajeros á las tribus vecinas con respecto á las condiciones del tratado, y particularmente á la exacta entrega de los prisioneros de guerra, objeto principal de sus afanes. Los mingos presentaron 94; 200 los cacuawagas; 104 los shawaneses, y 87 las diferentes poblaciones de los delaware. Entre ellos había muchas mugeres y niños.

En medio del campamento, el general había hecho construir una inmensa tienda con toscas tablas, en donde debía encenderse el fuego del consejo. Allí acudieron una multitud de gefes y guerreros, entre los que se distinguían Kiaskuta, gefe de los sennecas, acompañado de 16 guerreros; Custaloga, el gran Castor, sagamora de los delaware, con 20 guerreros; Keysinocto, uno de los principales sachens de los shawaneses, con 30 guerreros; Piancachas, gefe de los mingos, con 30 guerreros, y algunos otros gefes de tribus menos importantes; los tuscaroras y los wyandots no parecieron hasta pasados algunos días.

Ahora vamos á hacer que el lector asista á una de las últimas sesiones de este extraordinario congreso. En medio de la sala del consejo había encendida una gran- de lumbre.

El general Bouquet, sentado en un sillón improvisado

con un pedazo de tronco de sicomoro (1); tenía detrás todo su estado mayor vestido con trage tan brillante como las circunstancias lo permitían. En derredor del fuego estaban acurrucados, segun su costumbre, los gefes y guerreros indios. Todos con la cabeza inclinada hácia adelante y los ojos fijos en la tierra, aspiraban el humo de sus apoygans, y despues de largo rato le exhalaban lentamente por las ventanas de sus narices, en dos columnas no interrumpidas, indicio, segun ellos, de una profunda meditacion sobre asuntos importantes. Ninguno estaba pintado (2), ni tenía la cabeza ni orejas adornadas con plumas; sus mantos de castor caídos por la espalda, dejaban ver su ancho pecho y robustos brazos, con diferentes figuras de animales, insectos ó pescados, pintados en ellos desde su juventud. Aquella reunion de hombres medio desnudos, tan feroces en la guerra, tan implacables en sus venganzas, tan apacibles y tranquilos en sus poblaciones, ofrecía á la vista un espectáculo singular, pero imponente.

No trascribiré aqui todos los discursos que se pronunciaron y que hicieron durar el congreso 15 días; pero no puedo pasar en silencio el de Garakoutié. Este gefe joven se descubrió los hombros, se levantó y dijo:

—Padre de los guerreros barbudos, gefe de los hombres del cuchillo largo (3), escucha: mi voz corre á tus oídos. ¿Querrás oírnos á nosotros que somos tus jóvenes hermanos?

Veo en tus ojos señales de disgusto y los enjugo con este collar de wampum azul y blanco, para que puedas ver mas distintamente lo que hemos sido y lo que todavía somos. Te han contado muchas mentiras acerca de nosotros; con este collar limpiamos tus orejas para que puedan oír mejor lo que es cierto y desechar lo falso. Purificamos tu corazón con este apoygan, para que se asemeje al de Onas (Guillermo Penn), á quien no se acercaba el mal. Has llegado hasta aqui, porque tu tomahawk ha sido mas largo y mas fuerte que el nuestro: sin embargo, no hemos economizado ni nuestra vida ni nuestra sangre; todavía te acuerdas muy bien. Pero tal vez la victoria proviene del grande espíritu que hace largo tiempo favorece á los blancos. Nosotros, tus jóvenes hermanos, tan buenos guerreros y tan bravos como los tuyos, arrancamos el tomahawk de tus manos para arrojarle hácia el que habita encima de las nubes, para que disponga de él segun su voluntad, ya le entierre profundamente, ó le deje caer en los lagos sin fondo.

Garakoutié presentó al general el ramo de wampum que tenía en la mano, y luego añadió:

—Toma una punta de este ramo de paz y de amistad, y que la otra la agarren los diputados de las tribus aqui presentes. Tú, gefe de los valientes entre los

(1) Llámase así en América al arce rojo (*acer rubrum* Lin.) árbol grande y hermoso, cuyas hojas forman una capa elegante.

(2) Los salvajes del Erié y del Ohio, se pintan la cara con bermellon, con creta blanca y algunas veces con azul cuando pueden proporcionársele. En sus guerras, los combatientes se pintan del modo mas estravagante, con objeto de asustar á sus enemigos; pero su adorno ordinario consiste en dibujarse en las mejillas y la frente conchas, estrellas, flores y animales.

(3) Los salvajes llamaban hombres del cuchillo largo á los soldados de caballería del ejército por lo largo de sus sables; los infantes eran hombres del cuchillo corto por las bayonetas.

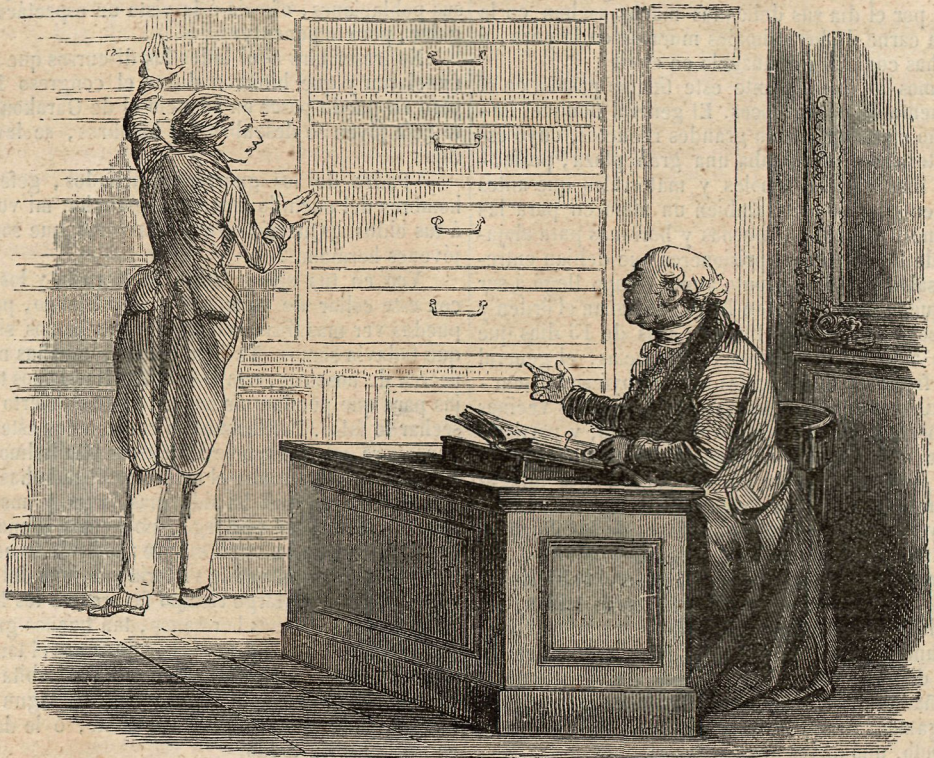
(1) El abedul de canoa (*betula papyracea*, Mich.) Este árbol se eleva hasta la altura de 90 á 100 pies: es uno de los árboles mas hermosos y magestuosos que se encuentran en los bosques, y cuanto mas se avanza hácia el Norte mayor es su altura. Con su corteza forran los salvajes sus canoas; tienen la habilidad de quitar la capa exterior sin herir el árbol, que al cabo de algunos años vuelve á cubrirse de nuevo. Hay pedazos de corteza de cuatro pies de ancho y diez de largo.

barbudos, ¿querrias quemar los wigwhams, destruir las provisiones de nuestras mugeres, de nuestros ancianos y de nuestros hijos, que jamás te han hecho mal? Pues bien; ellos son los que te hablan por mi boca. En cuanto á nosotros los guerreros podemos pasarnos sin tu compasion, pues que sabemos vivir de la caza. ¡Pero la ancianidad, la debilidad y la infancia!... Aquí, como entre los tuyos, necesitan reposo y temen la escasez. Compadécete, pues, de ellos, puesto que has podido llegar tan cerca de nuestras aldeas; que concluya la guerra y comience la paz desde este momento. ¡Es necesario enterrar el tomahawk!... He dicho (1).

Habiendo consentido el general en la paz, los salvajes presentaron sus prisioneros, y Kiashuta, sagamora de los sennecas, tomó la palabra.

lo que te dicen?... Ten, pues, indulgencia con ellos, por que han olvidado tus costumbres y tus usos, y algunos hasta tu lenguaje. Van á regresar á su pais en donde tal vez ya no tienen amigos, y abandonan el nuestro, en donde no les faltaban. ¿Qué harán entonces?... Echarán de menos el pais, á que tú has venido desde tan lejos á obligarnos á que te los entreguemos. Trátalos, pues, con bondad, te lo rogamos: eso será quizá lo que les decida á permanecer entre tu gente. Toma, he aquí una rama de wampum azul y blanco, para que mis palabras estén siempre presentes en tu espíritu, y no te olvides de enviarlas á sus parientes y amigos, si tienen todavía algunos en su antigua patria.

Entregados todos los prisioneros y aceptadas las condiciones del tratado, el general resolvió apagar el



—Padre de los guerreros blancos, dijo, conforme á nuestras promesas, te entregamos tu carne y tu sangre. Algunos de estos prisioneros, como tú los llamas, están unidos con nosotros hace largo tiempo por los vínculos de la adopcion; aunque te se devuelven, esos lazos no se han roto: siempre los consideraremos como nuestros parientes y amigos. Hemos tenido con ellos el mismo cuidado y consideraciones que si fuesen de nuestra carne y de nuestra sangre. Hélos ahí, preguntálos si no se han calentado á nuestra lumbre, si no han comido de nuestras calderas, y si no se han acostado en nuestras pieles de oso: que respondan. ¿Oyes

fuego del consejo. En consecuencia, acompañado de sus oficiales y de su música militar entró en la sala de las conferencias: por última vez dió la mano á los gefes, y fumó con ellos en el gran oppoigan de paz, y cada uno se preparó á volver á su pais.

Entonces se vió una cosa tan extraordinaria como imprevista. Despues de la victoria de Bushyrum, un gran número de colonos que habian podido librarse del furor de los salvages, habian seguido al ejército del general Bouquet esperando encontrar entre los prisioneros algunos parientes suyos, como sucedió en efecto, y produjo escenas muy patéticas. Los mismos salvages, olvidando sus opiniones y su ferocidad ordinaria, entregaron los niños que habian adoptado con la mayor repugnancia y derramando abundantes lágrimas. Aquellas pobres criaturas, muchas de las cua-

(1) Este discurso y el de Kiaskuta han sido traducidos literalmente para que el lector pueda formar una idea exacta de la elocuencia de los indios.

les habian olvidado su lengua materna, se abrazaban al cuello de sus padres adoptivos dando gritos lastimeros, y fué necesario emplear la fuerza para arrancarlos de ellos. Moyamea estaba desesperada, y cuando Custaloga la presentó al general, el sagamora se atrevió á decirle mirándole con altivez:

—Está seguro de que ha sido necesario la victoria de Bushysum, para obligarme al sacrificio que ahora hago.

No solo fueron los niños los que sintieron dejar su nueva patria, y he aquí un corto extracto de una carta de F. Hazen, ayudante de campo del general Bouquet que lo confirma.

«Os causaria mucho asombro, dice, si os repitiese aqui lo que he oído decir á los prisioneros, con respecto á la felicidad de que disfrutaban entre los salvajes. Uno de los gefes shawaneses confesó al general, que se habia visto obligado á atar á muchos antes de llegar al campamento. A pesar de la vigilancia de los oficiales y soldados, cuarenta y siete de aquellos hombres, á quienes creimos hacer el mayor servicio, volvieron á reunirse con sus compatriotas: y lo que todavia os parecerá mas maravilloso, es, que las mugeres, retenidas por su debilidad, deploraban como los hombres la desgraciada suerte que las separaba de las aldeas salvajes.»

En vano Moyamea, cuando Custaloga la entregó al general Bouquet, dirigió la vista al grupo de guerreros delaware que se despedia de ella: no vió á Garakoutié, y creyó que su hermano era el primero que la habia abandonado. Se le oprimió el corazon, y dos torrentes de lágrimas, contenidas hasta entonces con esfuerzo, brotaron de sus ojos. El general la tomó de la mano y procuró consolarla.

—Caballero, le dijo María, conducidme al lado de sir William mi padre.

—Miss María, vuestro padre me ha encargado que os lleve á Carlisle, porque sus negocios de comercio le han detenido en aquella ciudad.

—¿Y mi madre?

—Vuestra madre os espera con la mayor impaciencia.

—Está bien, caballero, respondió María: y cesaron de correr sus lágrimas.

Al dia siguiente se levantó el campo, y el ejército se puso en marcha por el mismo camino que habia llevado. El general, que tenia relaciones de amistad con la familia de María, tuvo con ella las mayores atenciones; pero la jóven correspondia con bastante frialdad á sus cuidados, y parecia abismada por una melancolia profunda. Como no habia manifestado ningun deseo de permanecer con los salvajes, se la dejaba completamente libre, y no causaba estrañeza verla algunas veces, en los altos que se hacian por la noche alejarse un poco del campamento, para pasear sus sombrías ilusiones por las orillas del Muskingum. Solo un dia no se alejó del campo, y fué el que el ejército se detuvo á orillas del Tuskarawayr. Se observó tambien, que solo aquel dia dejó su traje delaware para vestirse á la europea, aunque el general la habia entregado desde el primer dia una maleta que la enviaban sus padres, y que contenia muchos trages completos.

Sentada una noche á la orilla del Ohio, que acababa de atravesar el ejército, procuraba María traer á su memoria los recuerdos de su primera infancia, y olvidar los de los bosques. Las sombras de la noche

Viage ilustrado.

comenzaban á cubrir el rio, cuando un grito entraño hizo estremecer á la pobre jóven. No sé como deciros que aquel grito no era el gruñido del oso negro, ni el aullido del lobo, ni el grito fúnebre del mochuelo, sino el graznido de un pato. Moyamea volvió vivamente la cabeza hácia unos myricas (1) grosellas y frambuesas, cuyas flores y frutas perfumaban la brisa de la noche; pero nada vió. Se levantaba tristemente para volverse al campo, cuando una voz bien conocida hirió sus oídos, y entonces escuchó con toda la atencion de que era capaz; porque la voz se confundia algunas veces con el ruido de los cañaverales agitados por el viento, y no llegaba hasta ella de una manera clara. Murmuraba con un aire triste y bastante monotonó, las palabras siguientes:

«Moyamea, ¿en dónde estás?... ¿no puedes oir la voz de Garakoutié tu hermano y amigo? (2).

«El umbral de tu puerta ha sido arrancado y tu lumbre apagada! ¿Mas á quién hablo, pues ya no estás junto á mi para oir mis palabras?... ¿Si pudiese llegar hasta tí mi voz, y la tuya, como la del eco, hasta mí? Qué oigo... no es mas que el ruido del viento que pasa, ó el de la cascada que va á morir en los vecinos bosques. Nada dice á los oidos de mi atento espíritu. Todavía oigo... no es mas que el ruido del pico verde, que golpea en el tronco de un árbol seco, ó el de la ortega que (3) llama á su compañera agitando las alas. Sin embargo, quiero conversar con la amiga que vive en mi pensamiento, y cuya imágen ven los ojos de mi espíritu. Hablaré conmigo mismo, pues que el campo de los blancos te oculta á mi vista, como la mole de una montaña, y como las heladas del invierno, tu ausencia ha cerrado mi boca.

«Moyamea, ¿en dónde estás? ¿no puedes oir la voz de Garakoutié tu hermano y tu amigo?...

»Cuando pienso en tí, se alarga mi brazo, y mi mano se abre para encontrar y estrechar la tuya; mas ¡ay! no agarro ni aun el viento que se desliza por entre mis dedos... durante la claridad del dia te busco y no te encuentro: tu sombra me ha abandonado. Durante el silencio de las noches, mi espíritu piensa en tí, y como la superficie de las aguas refleja tu presencia. ¡Cuán desgraciado soy! mis flechas no tocan ya á la caza, y el pescado pasa y no tropieza en el anzuelo de Garakoutié. Me pongo en la boca el oppygan, pero lo mismo que las aguas del arroyuelo dejan de ser buenas y dulces cuando las detiene el dique del castor, del mismo modo mis pensamientos que tu ausencia retiene en el fondo de mi corazon, se vuelven tristes y lúgubres. Ando dando vueltas de dia y de noche en rededor del campo, y no te veo: no percibo mas que á mi mismo sentado en medio de los cañaverales, sobre el banco de ciprés calvo (4): te hablo y no me oyes...

(1) El árbol de la cera (*suyrica cerifera*, Lin.) es un arbusto de seis á siete pies de altura, que crece á las orillas de los rios y en los terrenos pantanosos. Su fruta, cogida en invierno, está cubierta de una cera verdosa y odorífica, que se derrite con agua hirviendo: la cera sobrenada, y se forman con ella bugías excelentes.

(2) Extracto literal de una cancion canadense, traducida al inglés por Mr. Ricardo Butkler.

(3) Los americanos de la Pensilvania llaman ortega, y algunas veces faisán, á una ave muy comun en nuestros bosques.

(4) Es el *schubertia disticha*, Mirb. *Cupressus disticha*, Lin. Los salvajes le llaman ciprés calvo, porque todos los años pierde sus hojas. Este árbol singular, mas co-

»Moyamea, ¿en dónde estás? ¿no puedes oír la voz de Garakoutié, tu hermano y amigo?

»Desde tu partida, mi rostro está sombrío como el agua que corre por debajo de negros abetos: mi espíritu se extravía en medio de las tinieblas, como el cazador en medio de los bosques (1): el silencio cierra mi boca; mis oídos ya no oyen el canto del muskavis (2) y mis ojos miran y no ven. ¿Te acuerdas cuán felices éramos? ¿Cuándo volverás á traerme la alegría que te has llevado? ¿Cuándo vendrás tú á quitar los abrojos de mi sendero, y á ahuyentar el viento de la desgracia que encuentro por todas partes? Si ando por el agua no puedo dirigir mi canoa: si enciendo lumbre en mi hogar, produce mas humo que calor, y si me pongo á manejar el tomahawk, cae antes de llegar á la corteza del árbol. Por seguirte he dejado mi wigwam: los reptiles de la tierra y las aves nocturnas se han apoderado de él. Si no puedo encontrarte, ¡oh! Moyamea, se extinguirá mi vida como un arce que ya no tiene savia, y mi espíritu partirá para el Oeste dejando que blanquee mis huesos el viento y la lluvia.

»¡Oh Moyamea! no oírás ya desde el país de Onas la voz de Garakoutié tu hermano y amigo...»

Cesó la voz y la jóven permaneció algun tanto pensativa. Luego, de repente, pasó la mano por su frente; soltó al viento su dorada cabellera, y comenzó á cantar dulcemente.

«Moyamea está aqui sentada al pie del olmo lloron: ha oído la voz de Garakoutié su hermano y su amigo.»

Al punto el jóven se precipitó hácia ella, y la agarró la mano que regó con sus lágrimas, pero en seguida se retiró tres pasos, avergonzado de una familiaridad, que un salvaje jamás se permite con otra muger que la suya. Lo que se dijeron los jóvenes, lo ignoro: solo sé que despues de esta conversacion Maria volvió al campo, con el semblante menos triste que de ordinario, y que unos ojos expertos hubieran podido leer en los suyos, y en su frente una firme resolución.

Al día siguiente el ejército pasó el Ohio, y una porcion de salvages que hasta alli habian seguido á sus hijos adoptivos, para cuidarlos durante la marcha y alimentarlos con la caza, se despidieron de ellos con la mayor ternura, y con lágrimas en los ojos, los re-

mun en la Carolina que en la Pensilvania, produce sobre sus raices unas especies de conos huecos, semejantes á unos hitos, de uno á cuatro pies de altura. Se cortan para hacer colmenas. Este árbol crece en los pantanos y aun en el agua.

(1) El modo con que los indios viajan por inmensos bosques sin estraviarse nunca, es un objeto de asombro para los europeos. No es raro, en sus grandes cacerías, verlos atravesar ciento y doscientas leguas por países inhabitados y cubiertos de bosques para perseguir en el Norte á los bisontes que alli se han retirado, á los castores, las ratas amizcladas, las martas, arniños y los terribles osos grises, cuyas pieles vuelven á vender en las grandes poblaciones de los estados para proporcionarse armas de fuego, pólvora, balas, bermellon, cuchillos, calderas de cobre, mantas de lana y algunas otras telas, aguardiente, etc. Para dirigirse en los bosques, observan el curso del sol, el de la luna, el lado donde crece el musgo en los troncos de los árboles, lo que les indica el Norte; de distancia en distancia rompen alguna rama de zarza, y esta ligera señal basta para hacerles encontrar el camino á su regreso.

(2) El muskavis es un pájaro conocido por los naturalistas con el nombre de burlador, porque tiene la habilidad de imitar el canto de todas las demas aves.

comendaron á la bondad de los oficiales y soldados. Alli comenzaban ya las posesiones de la Pensilvania, y es seguro que si los indios hubiesen intentado poner su pie en ellas, los colonos, para vengarse, hubieran muerto cuantos encontrasen. Sin embargo, un jóven delaware se negó obstinadamente á partir cuando se lo mandó el general Bouquet, y cuanto le dijeron acerca de los peligros á que se esponia, no le hizo variar de resolución. Efectivamente, siguió al ejército hasta el fuerte Pitt, pero se le veía muy rara vez, porque marchaba siempre á los flancos de la division, por los bosques y sitios mas desiertos. Cuando en sus raras apariciones le preguntaban por qué se empeñaba en arrostrar tantos riesgos:

—No corro ningun peligro, decia, porque un espíritu blanco que he visto en las orillas del Muskingum, me ha enseñado á adorar al Ockimaw de los cristianos, y creo que la muger blanca es la igual de un hombre rojo.

Nadie podia comprender tan estraña contestacion, y le miraban como loco.

Despues de quince dias de penosas marchas, llegamos á Pittsburg, en donde el ejército debia descansar algun tiempo. Un gran número de colonos ricos y de prestigio en el país, habian acudido á aquella poblacion naciente para felicitar al vencedor de Bushyrum, y el general, para obsequiarlos, dispuso darlos un banquete, en que la encantadora Maria debia hacer los honores. Ya estaban reunidos todos los convidados en el salon del festin, y solo aguardaban para sentarse á la mesa á la jóven y hermosa miss, cuando una escena de las mas estraordinarias absorbió la atencion de todos los concurrentes. Abrióse la puerta del salon, y entraron en él tres estravagantes personajes, vestidos con el traje indio mas esmerado. El uno era un anciano de paso grave, y con la frente surcada por las arrugas de la esperiencia; el otro era un jóven guerrero. Ambos llevaban atravesada por los agujeros de sus orejas una larga pluma de águila blanca y negra, lo cual anunciaba que eran gefes; llevaban pintado el rostro de encarnado y blanco; ricos collares de wampum adornaban su pecho, de su cinturon pendian por un lado un cuchillo, y por el otro un tomahawk con hoja de acero muy limpia y brillante. El mas jóven llevaba en la mano un baston de alerce resinoso con la punta encendida.

El anciano conducia de la mano á una jóven salvaje, cuyo traje enteramente indio, no carecia de gracia ni de riqueza; sobre su cabeza ondeaba una garzota de plumas encarnadas, y su rostro estaba completamente cubierto por anchas rayas encarnadas, amarillas y blancas, que formaban figuras de pájaros y flores.

A primera vista nadie conoció á los inesperados convidados, mas habiéndose acercado á ellos el general, retrocedió de repente y exclamó sorprendido:

—Miss Maria, ¿qué significa eso?...

Entonces la jóven se adelantó con paso firme y magestuoso hasta el centro del salon, estendió el brazo hácia el general, y dijo:

—General Bouquet, ya no me llamo Maria, sino Kerry-Moyamea. Aqui, en el territorio de la Pensilvania, ya no estoy bajo tus órdenes; soy libre como tú, pues que ya he llegado á la edad fijada por vuestras leyes para la mayoría. Abre tus orejas para oír la verdad, porque al renunciar para siempre á mi antigua patria, voy á hablarte como una digna jóven de-

laware. Tenia un padre blanco y le busco entre vosotros: ¿en dónde está?... Sabe que su hija se encuentra aqui, á algunas leguas de su habitacion, y sin embargo no lo veo, ¿en dónde está mi hermano blanco? Tampoco se halla aqui: ha temido herirse los pies con las espinas de los Alleghanys. ¿En dónde está mi madre? No lo sé. Por el lado de la Pensilvania no veo á nadie cuyo corazon palpita por María. Vuelvo la vista detrás de mí hácia la parte del Muskinghum; veo al sabio Custaloga, mi padre adoptivo: al valiente Garakoutié, mi hermano y amigo, que han seguido á la jóven querida de su corazon, de noche por lagunas pantanosas, por las mañanas pisando los abrojos de enmarañados bosques, sufriendo por el dia el ardor del sol, marchando descalzos, acostándose sobre la húmeda tierra, atravesando á nado los lagos y los rios, luchando con las fieras de las selvas, y temiendo á cada instante el largo cuchillo de un uniforme encarnado, ó la carabina de un colono. ¿Qué piensas de esto, general?... Habla, ya te escucho... no dices nada... pues continúo; pero antes mira.

Hizo una seña á Garakoutié, que la presentó el palo ardiendo, sobre el cual sopló tres veces: despues Custaloga tomó la mano de la jóven, la colocó en la de su hijo, y entonces Moyamea dijo:

—Ahora voy á hablar como muger delaware (1), porque ya he soplado sobre el tizon. Tienes razon, general, no porque seas mas valiente que nuestros guerreros, sino porque tus armas eran mejores que las suyas, y porque mandabas á hombres de cuchillo largo (2). Nuestras gentes han talado vuestras fronteras, porque esas tierras les pertenecen, y han tomado algunos de vuestros fuertes, porque queriais apoderaros de su comercio. Si dices que han obrado mal, yo te contestaré que sus antepasados pisaban este terreno, cazaban en él, y le poseian mucho tiempo antes de la llegada de los tuyos. Tus cultivadores necesitan paz y reposo para reparar sus pérdidas: pues bien, tendrás uno y otro sino exiges de vuestras gentes nada que les humille. Los conoces indudablemente: una de las condiciones del tratado de Tuskaraway, es que entreguen sus prisioneros: ¿no sabes tú que no los tienen, y que los blancos que viven entre ellos, son sus parientes adoptivos ó sus amigos?... Yo cai en su poder hace ocho años, y desde entonces he sido feliz. Si á pesar de vuestras leyes, me obligan á seguirte, regresaré entre mis hermanos en cuanto encuentre para ello una ocasion favorable. Tales son mis intenciones, que lo son tambien de un gran número de los que has obligado á nuestros gefes á que te entreguen. A la gloria que acabas de adquirir por medio de las armas, será muy justo que reunas la que da la humanidad: mas puesto que destruyes nuestra felicidad, se bastante generoso para permitirnos volver á las aldeas de nuestros amigos.

Asombrado de la salvage osadía de María y de cuanto acababa de decirle, el general creyó que debia consultar, no tan solo á sus oficiales, sino á algunos magistrados que accidentalmente se encontraban en Pittsburg. Los oficiales opinaron que cada uno era árbitro de su suerte, y de buscar la felicidad en don-

de creyese encontrarla. Los magistrados afirmaron que con arreglo á las leyes, nadie podia retener á María contra su voluntad. En consecuencia, el general tomó su partido, y al dia siguiente Custaloga, Garakoutié y Moyamea, emprendieron su marcha para regresar á sus wigwams del Tuskaraway, y una escolta de soldados los acompañó hasta la embocadura del Muskinghum, para poner á cubierto á los dos indios de la venganza de los colonos.

Despues no se ha vuelto á oír hablar de la jóven en Filadelfia. Cuando su padre sir William supo aquella noticia en Carlisle:

—A fé mia, dijo, creo que María no ha hecho buen negocio, y lo siento, porque tenia intencion de casarla con mi viejo vecino Walpol, que es rico, y que se la hubiera llevado sin dote. Pues que el mal está ya hecho, no hay que pensar en él. ¡Jhon, Jhon! añadió dirigiéndose á uno de sus dependientes; poned mas cuidado en lo que haceis, ó me veré en la precision de despediros: ¿no veis que habeis colocado atravesado ese paquete?

Luego volvió á ponerse los anteojos, levantó la cabeza, y continuó la anotacion que habia comenzado en su libro de partida doble.

No me resta ya que deciros, sino que cuanto habeis leído acerca de historia natural, costumbres, acontecimientos históricos, hechos, pormenores, etc., es exacto y verdadero, y que en todo esto mi mérito no consiste mas que en haber reunido en algunas páginas lo mas interesante que puede encontrarse en las charlatanerías, permitidme esta frase, de treinta ó cuarenta volúmenes de viages.

MEJICO.

¿Quién no ha oido hablar de un pueblo poderoso y civilizado, cuyos valientes gefes se llamaban caciques, y que con el nombre de Méjico formaba el mas esplendente imperio de América.

Antes de entrar en los pormenores geográficos de este vastísimo pais; antes de hablar de las costumbres de este pueblo, tan celebrado y enaltecido en los Incas de Marmontel, procederemos á dar una relacion estensa de todo aquello que se refiera á su descubrimiento y conquista, cuya narracion histórica debe interesar á nuestros lectores de una manera especial; la historia de esta region está íntimamente ligada á la nuestra: Méjico es el recuerdo palpitante de nuestras pasadas glorias, es un riquísimo floron que arrebató el destino á la corona de España, y por consecuencia nada mas natural que dar cuenta en estos viages de aquellos hechos y de aquellos héroes, cuya inmortal memoria se propagó por el mundo entero (1).

A uno de estos célebres personajes debió España la conquista de Méjico; este personaje se llamó Hernan Cortés, que nació en 1483 en Medellin, villa de Extremadura, de una familia noble, y habia cursado su primera juventud en la universidad de Salamanca. Su padre queria que se aplicase á la jurisprudencia; pero una profesion grave no podia convenirle: el estudio de las leyes contrariaba sus inclinaciones y la viveza de su carácter, por lo que, cediendo al ascendiente de una vocacion irresistible, prefirió la carrera

(1) Este discurso, desde este párrafo, fué literalmente dirigido al general Bouquet por una irlandesa, que habiendo sido hecha prisionera por los salvages ya hacia once años, se habia casado en el pais y no queria dejarlos.

(2) Alude al arma de caballería.

Viage ilustrado.

(1) La relacion que sigue está tomada de la *Historia de la conquista de Méjico*, por Campe, traduccion del señor don J. J. Villabrilie.

